

1

ATRÉVANSE A CREER

José María Arnaiz
José Ignacio López
Georgina Zubiría



PROPUESTAS
ALTERNATIVAS

P P C

Atrévanse a creer

José María Arnaiz
José Ignacio López
Georgina Zubiría

Presentación de Mons. Alejandro Goic Karmelic



Diseño: Estudio SM

© 2013, José María Arnaiz, José Ignacio López, Georgina Zubiría

© 2013, PPC Editorial y Distribuidora

Reservados todos los derechos

Primera edición en PPC Cono Sur: Buenos Aires, abril de 2013

Título: Atrévanse a creer

Autores: José María Arnaiz, José Ignacio López, Georgina Zubiría

ISBN 978-987-1931-26-2

© 2013, José María Arnaiz, José Ignacio López, Georgina Zubiría

© 2013, PPC Argentina S.A.

PPC Cono Sur

Av. Callao 410 piso 2

C1022AAR | Ciudad Autónoma de Buenos Aires • República Argentina

T: +54 11 4000.0400 / F: +54 11 4000.0429

www.ppc-editorial.com.ar

e-mail de contacto: ventas@ppc-editorial.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723.

Impreso en Mitre & Salvay, Heredia 2952, Sarandí, pcia. de Buenos Aires,
Argentina

Libro de edición argentina - *Made in Argentina*

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

EMPRESA ASOCIADA A LA CÁMARA ARGENTINA DEL LIBRO

PRESENTACIÓN

En busca de alternativa

Bien sabemos que nuestra sociedad está viviendo un tremendo proceso de transformaciones que va significando un real cambio cultural, el cual lleva a una nueva sensibilidad acerca de la religión y del lugar de esta en la vida de la sociedad.

Todo indica que una atmósfera secularista va invadiendo importantes sectores de nuestra sociedad –particularmente los jóvenes y sectores profesionales–, de tal manera que la situación de cambio cultural va conduciendo a no pocas de esas personas a un abandono e incluso a un rechazo de toda dimensión religiosa. En muchos casos se trata de una privatización de lo religioso y un rechazo de la institucionalidad religiosa, particularmente si esta es de orientación católica. Por cierto, todo este proceso responde a causas múltiples y complejas de diverso orden. Sin embargo, creo que entre ellas es importante señalar dos.

Por una parte, como nos lo hizo patente el Concilio Vaticano II al hablar del ateísmo –y, por extensión, sus expresiones del laicismo secularista y del neopaganismo, a las que ahora nos referimos–, señalando que «no se trata de un fenómeno originario, sino un fenómeno derivado de varias causas», entre las cuales «pueden tener parte no pequeña los propios creyentes, en cuanto que con el descuido de la educación religiosa, o

con la exposición inadecuada de la doctrina, o incluso con los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión» (GS 19).

Por otra parte, bien sabemos que el desarrollo y expansión de estas tendencias en nuestra sociedad es también consecuencia del proyecto de una laicidad militante que domina importantes espacios de la vida de la sociedad y que no esconde sus propósitos de «ningunear» a la Iglesia, pretendiendo relegar toda la vida cristiana a la dimensión privada de la conciencia individual.

Me parece que no son pocos los católicos que se sienten perplejos ante este contexto que combina elementos de un neopaganismo ambiental, un laicismo militante y –algo que casi todos comparten y defienden– un liberalismo económico. A menudo, en esta perplejidad no siempre aparece claramente la responsabilidad que los católicos tenemos ante esta situación, así como el llamado a discernir y proponer lo nuevo que el Espíritu suscita hoy, las nuevas posibilidades que él abre a la vida de la fe, al seguimiento de Jesús, a ser Iglesia de Dios. Ese es el gran aporte de esta colección que nace en América Latina y el Caribe y que se abre con este libro la editorial PPC.

Quiero situar la contribución de esta colección con una reflexión acerca de la cuestión que me parece fundamental: ¿cómo cultivar mejor nuestra identidad eclesial y misión en un mundo secularizado y en un mundo donde los pobres son cada vez más pobres? Más aún, ¿cómo vivir nuestra fe eclesial en un contexto de laicidad militante y de neopaganismo religioso? ¿Cómo descubrir los signos de vitalidad que el Espíritu está produciendo en la Iglesia del Continen-

te? ¿Cómo convertirlos en punto de partida para una nueva etapa?

Sabemos bien que cada situación histórica es una ocasión y oportunidad para el testimonio y anuncio del Evangelio, siempre que sepamos acoger la novedad de la situación y no permanecer simplemente atados a respuestas propias de otros momentos y otros contextos. Así, ante la actual situación, ¿acaso reeditaremos antiguas querellas que situaron a nuestra Iglesia en una lucha de poder con el Estado laicista? ¿O más bien intentaremos leer y acoger la situación en la clave del camino pascual del Siervo? ¿Tenemos que ser los polemistas que luchan por no perder determinados ámbitos de influencia social o más bien seremos los testigos de una novedad que se despliega por la fuerza del Espíritu Santo antes que por los contactos influyentes?

En la misión evangelizadora, de cara a la sociedad, parece importante que no nos dejemos atrapar en una lucha con determinados grupos, aun cuando tengamos un juicio muy negativo acerca de sus posturas; más concretamente –aunque resulte una obviedad decirlo–, nuestro combate no es contra los laicistas, sino contra el pecado, que es un tema transversal, presente en ellos y en nosotros. Estamos llamados a ser testigos del don del perdón y de la llamada a la conversión que a todos ofrece el Señor crucificado.

La misión de la Iglesia está llamada a manifestar ante la sociedad el primado absoluto del amor con que Dios ama a este mundo (Jn 3,17): un mundo creado por Dios, herido por el pecado y redimido gratuitamente en Jesucristo. Todo nuestro anuncio parte del dinamismo de la encarnación, en la acogida de este mundo amado por Dios, donde él mismo está presente y actuando, de manera que sepamos recoger

agradecidamente «todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud o valor» (Flp 4,8). Desde el testimonio de este amor de Dios, el anuncio explícito de Jesucristo y su Evangelio es también una denuncia del pecado presente en el mundo (nosotros incluidos, por cierto: «No participen en las obras infructuosas de las tinieblas, antes bien, denúncienlas», Ef 5,11). Siempre será la primacía del amor de Dios la que manifieste la verdad del movimiento de simpatía y gratitud ante el mundo y haga presente el llamado a conversión ante el pecado que denuncia; solo así se mantiene fiel la Iglesia a la verdad de su anuncio y –al mismo tiempo– dispone a otros para que la escuchen. Ser testigos de esta primacía del amor de Dios a este mundo y su llamado a conversión y oferta de perdón nos pone ante un atento discernimiento y ante una exigente conversión.

El testimonio del apóstol Pablo a los corintios nos abre una pista luminosa. El Apóstol busca sostener una comunidad atravesada por divisiones y por serias situaciones de pecado de sus miembros, es una comunidad pequeña que se siente disminuida ante el brillo de la cultura y del poder en la pagana ciudad de Corinto. Pablo anima la esperanza invitándoles a valorar el tesoro de su pobreza: «¡Miren, hermanos, a quiénes Dios ha llamado! [...] Ha escogido Dios a los débiles del mundo para confundir a los fuertes...» (1 Cor 1,26-31). Pablo les invita a acoger la pobreza y pequeñez de la comunidad, así como a los pobres, que mayoritariamente forman la comunidad, como un don para la misión evangelizadora. ¡Somos una Iglesia mayoritariamente de pobres elegidos por Dios!

Además, el Apóstol pone de manifiesto cuál es el tesoro del que es portadora esa comunidad pobre y de pobres:

«Mientras los judíos piden signos y los griegos buscan sabiduría; nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos y locura para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios» (1 Cor 1,22-25). Así como en ese tiempo, hoy el laicismo nos pide la exaltación de la subjetividad del individuo, mientras que el liberalismo económico nos pide someterlo todo al lucro; nosotros, en cambio, proclamamos el triunfo de Cristo crucificado, proclamamos que el don de Dios acontece por *el valor de una Vida entregada*; proclamamos que no es la exaltación de la conciencia subjetiva ni el crecimiento económico lo que salva y da plenitud al ser humano. Como Benedicto XVI recordó en el mensaje de la paz del año 2013, «el desarrollo vivible, es decir, auténticamente humano, está urgido por el principio de la gratuidad», y más adelante añadió: «De un nuevo modelo económico».

Estamos, pues, por sobre todo, llamados, en el espíritu de la V Conferencia General del Episcopado de América Latina, a ser discípulos y misioneros –personal y comunitariamente– del valor actual de esa Vida despojada y entregada; testigos de que el Crucificado, que lo entrega todo, es el Hombre Nuevo. El Señor Jesús ha entregado a nuestro testimonio la misión de hacer resplandecer –ante el neopaganismo ambiental y el secularismo de la laicidad militante– la belleza de una vida según el Evangelio, para que puedan acoger el atractivo de Jesucristo, el valor de su vida entregada.

De esta manera, la situación histórica que vivimos en América Latina es ciertamente una oportunidad y ocasión para el anuncio del Evangelio a los hombres y mujeres de nuestra sociedad; es una ocasión para que anunciemos el

Evangelio recorriendo el único camino posible, el del Siervo y Servidor. De esta lectura que hace PPC de la realidad eclesial y social se parte al lanzar esta colección. A ello nos lleva el Concilio Vaticano II: «Así como Cristo efectuó la redención en la pobreza y la persecución, así la Iglesia es llamada a seguir ese mismo camino para comunicar a los hombres los frutos de la salvación» (LG 8).

¿Significa que este camino que recorrer en el testimonio de oferta de perdón y de caridad con todos los hombres y mujeres, particularmente con los pobres y sufrientes, nos conduce a silenciar nuestra voz ante lo que acontece en la sociedad, replegados en cultivar la belleza de un testimonio de vida? Por cierto que no, de ninguna manera, pero sí nos señala las actitudes a través de las cuales el cuestionamiento crítico de la Iglesia ante la sociedad y el cambio cultural tiene eficacia evangélica. Significa, como nos ha recordado Benedicto XVI al anunciar el Año de la Fe, entrar por el camino de la nueva evangelización, que nos permitirá descubrir la alegría de creer y la belleza de la fe.

Ya en su encíclica *Deus caritas est* nos recuerda que «la Iglesia no puede ni debe emprender por cuenta propia la empresa política de realizar la sociedad más justa posible. No puede ni debe sustituir al Estado. Pero tampoco puede ni debe quedarse al margen de la lucha por la justicia. Debe insertarse en ella a través de la argumentación racional y despertar las fuerzas espirituales, sin las cuales la justicia, que siempre exige también renunciaciones, no puede afirmarse ni prosperar. La sociedad justa no puede ser obra de la Iglesia, sino de la política. No obstante, le interesa sobremanera trabajar por la justicia esforzándose por abrir la inteligencia y la voluntad a las exigencias del bien» (n. 28).

No es misión de la Iglesia la búsqueda de una «tierra mejor», esa es tarea de la política; nuestra misión es colaborar en el advenimiento de «cielos nuevos y tierra nueva», lo cual acontece en el seguimiento del Siervo, el Primogénito de la nueva creación. En ese camino, la Iglesia no puede sino «interesarse sobremanera en trabajar por la justicia»; por eso, en aquellas cuestiones que tocan la vida de la sociedad y su ordenamiento, se trata, pues, de que la Iglesia entre en diálogo «a través de la argumentación racional». Ante el Estado, la sociedad civil y, particularmente, ante quienes no comparten nuestra fe, ante el laicismo militante, ante el neopaganismo ambiental, la Iglesia tiene su autoridad en la palabra que pueda formular «a través de la argumentación racional», lo cual exige, por una parte, un serio trabajo de estudio y reflexión frente a las pretensiones de exaltación absoluta de la conciencia subjetiva, y por otra una profundización en las actitudes propias del camino del Siervo, para que la argumentación racional sea evangélicamente propuesta.

Tiempos y situaciones como estas nos vuelven a hacer presente que la formación de los discípulos y los misioneros es una tarea primordial en la Iglesia. Una formación seria y sistemática, en todo nivel, y particularmente entre los laicos, que fortalezca la experiencia espiritual de la fe y capacite para dialogar con una sociedad que pide razones. Por eso mismo esta colección se orienta, de una manera especial, a los agentes de la vida pastoral de la Iglesia, a los que animan la espiritualidad y ahondan la reflexión teológica; a hombres y mujeres, a laicos y consagrados, a sacerdotes y obispos que sirven enseñando y celebran comprometiéndose en la transformación de la sociedad.

Estos signos de vitalidad de la vida de nuestra Iglesia que se quieren resaltar en esta colección son expresión de *audacia*, de *lucidez* y de *fidelidad creativa*. Son también causa del desarrollo de estas dimensiones en los integrantes de la Iglesia. El creyente de nuestros días debe ser audaz, lúcido y creativamente fiel. No debe andar por la vida como perdedor. El que cree y confiesa su fe triunfa. No se achica. Con su testimonio de vida y con su mensaje ofrece alternativa, propuesta, camino nuevo para llegar a la meta.

Frente a los intentos de relegar la vivencia de la fe a la esfera privada de cada individuo, podemos recordar la palabra y el testimonio del que fuera presidente del CELAM, Mons. Manuel Larraín. En el funeral del recientemente canonizado Padre Hurtado, Mons. Larraín señaló que «el Padre Hurtado comprendió plenamente lo que la doctrina social de la Iglesia encierra y representa. Sabía bien claro que el cristianismo, o es social o no es». Cuando el laicismo militante busca hacer socialmente irrelevante la fe cristiana y cuando una sociedad marcada por el valor económico deja de lado las exigencias de la justicia es cuando la Iglesia en su conjunto, y particularmente los laicos que actúan en la sociedad y la política, está llamada a un renovado testimonio y anuncio de las dimensiones sociales de la fe. Eso exige un serio trabajo de formación espiritual, de reflexión y audacia en la acción, de creatividad.

Nuestra misión es hermosa y urgente, y requiere mucha audacia –la audacia del Espíritu, don del Resucitado– para ser testigos de esa Verdad y revelar en este contexto el genuino rostro de Dios y de la religión, sin entrar en el juego del mercado de tantas ofertas religiosas que –con su lógica perversa de oferta y demanda– frecuentemente caricatu-

rizan a Dios y la religión. Tenemos por delante la misión de ser testigos de la fuerza transformadora del Evangelio de Jesús, de seriedad y gozo de la respuesta libre de la fe, de la gracia inimaginada que significa compartir el llamado y el seguimiento de Jesús en una comunidad de discípulos que, con humildad, también quieren entregar la vida, a fin de que todos tengan vida. En todo esto, el Resucitado ya nos precede en el corazón de los hombres de nuestro tiempo, donde él ya está trabajando. Allí nos toca seguirlo y colaborar con lo nuevo que está naciendo, y que los libros de esta colección quieren recoger y proponer a los cristianos de América Latina y el Caribe como una verdadera alternativa.

+ ALEJANDRO GOIC KARMELIC,
obispo de Rancagua

CAPÍTULO 1

Un tiempo para la audacia

José María Arnaiz,
religioso marianista

«Nada les sería imposible» (Mt 17,20)

El Año de la Fe quiere juntar la fe a la felicidad y a la belleza. De esa interacción nacerá la audacia sana, sabia y santa. Es atrevido creer y es maravilloso hacerlo. Lo que nos sorprende o debería sorprender no es la incredulidad, sino la fe. El entorno nos aconseja y sugiere la indiferencia y el agnosticismo. Sin embargo, somos millones los que continuamos creyendo. Es un verdadero milagro que en nuestros días nos atrevamos a creer y así nos ejercitamos en audacia. De ello vamos a hablar en estas páginas.

Corren tiempos difíciles. Los riesgos son muchos; los desafíos, abundantes. No son pocas las instituciones y las personas que están agotadas, no saben qué rumbo tomar y acumulan frustraciones en cantidad. Abunda la inercia, el desánimo y la negación de las salidas viables. Nos sentimos como tullidos y aumenta el miedo que paraliza o la resigna-

ción desencantada. No son pocos los que creen que nos toca caminar sobre las aguas o en un barco que se hunde y nada ni nadie puede evitarlo.

Pero crece también la bola de nieve de todo lo que supone el grito «otro mundo es posible». Aumenta el número de los que no saben a dónde nos lleva Dios, pero sí saben que él les lleva, y eso es suficiente para ser audaces. Son bastantes las personas que en el seno de la Iglesia y de la sociedad quieren revivir la audacia apostólica de los primeros tiempos. Ponen toda su energía en lo germinal y presienten que se teje con cada puntada menuda el Reino de Dios.

Una y otra opción son realidad en una sociedad donde tanto nos cuesta soportar nuestros males y no menos vislumbrar nuestros bienes. La gente quiere ver el brote verde y no solamente el árbol añoso; quiere visiones lúcidas y audaces, aunque sean pesimistas; quiere caminos de salida. Por eso estamos buscando semillas, levadura, manantiales, actitudes y testimonios de audacia en la Iglesia y en la sociedad de nuestros días. Estamos urgidos de identificar a la gente que en el pasado y en el presente va más allá del entusiasmo y las ganas de emprender algo nuevo, y lo emprende y son tenaces en lo emprendido. No solo inician la marcha. Llegan a las metas. Buscamos rostros de hombres y mujeres que optan por la audacia; tocados por el Espíritu, apuestan su vida a una sola carta, la de los valores del Reino. La audacia es la cualidad de los que abren caminos nuevos y los recorren; de los que proceden como quien cree que otro mundo u otra Iglesia está ya a las puertas, y comienzan a trabajar para que sean realidad. Es la cualidad propia de los que hacen propuestas exigentes y generosas, y reducen el campo de lo imposible, como nos recuerda Jesús en el Evangelio (Mt 17,15-20).

Para ello se empeñan en transformar la realidad. Audacia es la cualidad de los que tienen grandeza de alma y firmeza de espíritu para afrontar situaciones difíciles. Incluye una mezcla de celo, osadía, perseverancia, tenacidad, capacidad para soportar un esfuerzo prolongado; lo consiguen con paciencia, osadía y buena compañía. Nace del coraje que deja la fe en la existencia humana. Este no puede faltar cuando luchamos para hacer realidad los sueños y las ideas difíciles de alcanzar.

Por lo demás, sabemos que buscamos lo que existe. *Existe audacia en la Iglesia y en el mundo*. Pero no todo el mundo la llega a ver y sentir. Cuesta identificar las huellas de los empeños nuevos y darles nombre, admirarles y llamar a sus protagonistas «audaces». Por eso queremos mostrar los rastros de audacia, ponerlos de relieve, destacarlos. Pero esto no es tarea fácil. No hay duda de que existe un ansia de lo diferente, de la realización de lo difícil, del vivir para el futuro, de jugarse el tipo, de un esfuerzo por que no mueran los grandes ideales y se hagan realidad. Por la acción del Espíritu, audacia ha habido, hay y habrá en la Iglesia y en la sociedad. *La utopía y la novedad no han abandonado a la Iglesia*, porque esta las lleva en sus genes. Brotó del costado del Resucitado. Intentaremos que los pobres y sencillos revelen estas cosas a los que tienen capacidad de verlas; a los que quieren profesar audacia al vivir su fe. Conviene indicar ya de partida que este movimiento de audacia y de resurgir utópico se está dando en el cristianismo, pero también, y quizá con la misma o mayor fuerza, en la sociedad civil, en lo profano. De ello ofreceremos un pequeño muestrario de palabras, gestos y testimonios hecho a partir de creyentes expertos en una fortaleza que supera la paciencia y llega hasta la creatividad.

Vamos a hablar de la audacia, que es virtud, que es fuerza interna y movilizadora; que pone vida y dinamismo en nuestras personas; la que puede ser una constante en nuestras vidas; de la audacia para soñar, para crear y para actuar, y sobre todo de la audacia para creer. Con esa audacia tendría que dejar a los creyentes la celebración del Año de la Fe. Esa audacia nos la da el Espíritu, y por eso es don y se llama *parresía*, ya que es una mezcla de libertad y valentía, de don y de tarea. Donde está el Espíritu hay vida nueva y contagiosa. Esa vida es don suyo. Por ello se asume y se soporta la persecución; se recibe consuelo y ánimo confortante en la lucha, la enfermedad, el anuncio de la fe, el testimonio del amor. Y se va más lejos. Se pasa a la acción transformadora. El Espíritu es el que unge a los mártires, a los grandes animadores de la caridad, a los que trabajan por la comunión y los confesores de la fe. Se ha dicho que la audacia de los malos es el resultado de la cobardía de los buenos. A veces así es. Rescatar la audacia y ponerla en las manos y en los pies, en el rostro y en el corazón del creyente de hoy, es la meta de estas páginas. Lo es también luchar contra la cobardía y el dejarse estar, y el movilizar a la Iglesia hacia la verdad, la libertad, la justicia.

Por ello, queremos que se sepa más de la audacia, de las personas audaces. Sobre todo buscamos motivar para poner más intensidad en la audacia y mostrar y ofrecer un camino de iniciación en esta actitud cristiana. Hay un proverbio americano que hace reflexionar. Las personas audaces «no se duermen si piensan que algo es imposible; porque tienen miedo a despertar con el ruido que hacen los otros al realizarlo». Atreverse a emprender sigue siendo la mejor manera de conseguir las metas. De Sófocles es el dicho: «La fortuna

no está del lado de los tímidos». La consiguen los que se atreven a pasar a la otra orilla.

Lo opuesto a la audacia es el temor, el miedo y la cobardía. La audacia mueve, dinamiza, crea, multiplica, ayuda a avanzar y a crecer. El tímido se paraliza y paraliza a los demás. Destruye y retrocede; disminuye y reduce la vida; no quiere oír hablar de utopías ni de sueños. Frente al bien arduo y difícil se deprime; siente miedo. Es importante preguntarse: ¿qué temo yo? ¿A quién temo? ¿Por qué temo? ¿Qué teme la Iglesia hoy en nuestro Continente? ¿A quién teme? ¿De dónde vienen sus miedos? ¿Cómo superar estos miedos individuales o colectivos? ¿Cuáles son los miedos que hay que enfrentar? Para muchos es demasiado el miedo que existe en la comunidad cristiana en el momento actual. Es mucho el miedo en nuestra sociedad; en el mes de diciembre de 2012 no han sido pocos los que han vivido en carne propia el miedo a que todo se acabara y el fin del mundo llegara. Para ello se han preparado. Hay personas e instituciones que le hacen *marketing* al miedo; lo propagan, lo logran situar en el ADN de las personas. Así consiguen paralizar mucha vida.

Contra el miedo, fortaleza. La audacia supone fortaleza cristiana. Con ella se supera el mal que se pone por delante. Por ella uno se apasiona por el bien. Lleva a hablar claro. Se dicen las verdades delante de todos los públicos; eso sí, con respeto y sin amenazas ni insultos. La audacia lleva a adorar solo a Dios; a no doblegarse ante nada y ante nadie. Por ella uno no se arredra ante los poderosos y los ricos, ante la confusión que puede llegar del ambiente cultural y social en el que estamos inmersos. El audaz sabe que si se le cierra una puerta se le abre una ventana. Pero para abrirla no se

convierte en un superhombre o una supermujer. Su fuerza le viene de su sencillez y autenticidad.

A la audacia se llega cuando se ha hecho un *discernimiento penetrante* y se toma conciencia de que hemos nacido del Espíritu. Desde ahí brota motivación para reproducir con valor la audacia de Jesús en nuestra realidad concreta. Las personas audaces están llamadas a perseverar en el camino, a pesar de las dificultades que marcan la vida cotidiana, y a abrir nuevas brechas. La audacia es también invitación a avanzar mar adentro. «No se descubren nuevas tierras sin consentir en perder de vista la orilla durante mucho tiempo». De la misma cultura, la del mar, viene también la expresión: «Para pescar hay que hacerse a la mar». El mundo agrícola nos recuerda que es arriesgado subirse a las ramas del árbol; uno se puede caer: pero ahí es donde está la fruta. Por tanto hay que hacerlo.

Después de haber dado esta primera pincelada sobre la audacia quiero precisar por dónde y cómo vamos a caminar para llegar a hacer nuestra la audacia para creer. En nuestra reflexión partiremos de un ver la audacia en la vida de la Iglesia de hoy. No queremos engañarnos y confundir los deseos de vitalidad con la verdadera presencia de la acción audaz. Ahondaremos en la comprensión de esta cualidad indispensable para el perfil del creyente de hoy. Ser creyente es ser audaz. Pero eso no siempre ocurre. Nos ayudará a serlo la sabiduría humana y también la Escritura, las reflexiones que nos llegan de la buena tradición, y especialmente las que han hecho los hombres y mujeres del Continente latinoamericano. Queremos mover a la Iglesia a poner por obra la audacia apostólica de los primeros tiempos de su historia. Merece la pena pedir gracia para llegar a ser audaces de verdad y

agradecer este don del Espíritu que podemos llamar de luz y fuerza. Nos preguntaremos a través de estas páginas sobre cómo formar cristianos audaces y creativos. Para ello tendrán que estar animados por una fe, una esperanza y una caridad audaces. Responderemos también a esta importante pregunta: ¿cómo iniciar en una fe radicalmente creativa y audaz?

1. Donde algo nace está presente la audacia

En la Iglesia y en el mundo hacen brotar algo nuevo los fundadores, los profetas, los místicos y los mártires, sean hombres o mujeres. La sangre de estos últimos fue y es semilla de nuevos cristianos. La creatividad de los primeros ha hecho emerger mucha vida de fe o de solidaridad en el mundo. La defensa profética del pobre y la liberación del oprimido ha dinamizado mucha acción social. Todos ellos han conseguido que brote en la Iglesia y en el mundo las mejores expresiones y los mejores frutos de la audacia. Han sabido introducir en los creyentes una perenne dinámica de generosidad, de novedad y de superación de la dificultad.

La Iglesia y los creyentes no son automáticamente creativos y audaces. Se llega a serlo con el encuentro vivo con el Evangelio, con determinadas personas marcadas por las exigencias del Reino y con la realidad, que, como solemos decir tantas veces, clama al cielo por una acción transformadora.

A esas personas, vivas o muertas, les llamamos, como hemos indicado:

– *Fundadores*. Son los hombres y mujeres que han hecho surgir algo nuevo, algo que no existía, desde la raíz, des-

de el fondo y desde la nada. No les falta una visión clara y profunda de las necesidades y capacidad para poner nombre a los grandes desafíos de la sociedad y de la Iglesia de su tiempo. Están marcados por la creatividad. Por eso ofrecen alternativas para responder a esas verdaderas necesidades de la sociedad y de la Iglesia. Alternativas que se convierten en una nueva forma de vida cristiana, una obra, una institución. Ellos saben que tienen que pasar por la acción para ser plenamente creativos. Descubren que su mejor decir es hacer; el dinamismo se tiene que ver y poner por obra. Demuestran su fuerza creativa en realizaciones concretas. Realizaciones que son una respuesta determinada a los signos de los tiempos.

Madre Laura fue una mujer intrépida y atrevida que vivió una vida «aventurosa». Anticipó en Colombia los intentos de promoción de la mujer; dio un gran impulso misionero en el mundo indígena y afro a la Iglesia de mediados del siglo pasado. Echó a andar en Colombia y en América Latina una congregación, las misioneras de María Inmaculada (Lauritas). San Alberto Hurtado funda el Hogar de Cristo, adonde llegan al día en Chile más de veinte mil personas para encontrar el calor y el cobijo de una casa. Le preocupa la fe y la justicia en su país. Se arma de audacia para que sean una realidad. Intenta restaurar todas las cosas en Cristo. Recordó a quienes le seguían que era un sueño querer terminar con la pobreza; era y es una obligación hacer algo para reducirla. Un hombre audaz trata de poner lucidez y fortaleza en una Iglesia y en un país donde faltaba mucho.

– *Profetas*. Son profetas los creyentes «audaces y amigos de Dios» (Juan Pablo II) y de los pobres. Actúan para cons-

truir el Reino de Dios. Palabras proféticas eran las del cardenal de Santiago de Chile, Silva Henríquez, cuando decía: «Para hacer auténtico el Evangelio de la caridad pido perdón a los pobres». Profético es el vigor del patriarca ortodoxo Ignacio IV cuando, desde Damasco, anuncia: «Tenemos una necesidad urgente de profetas y de santos a fin de ayudar a las Iglesias a convertirse por el perdón recíproco... Debemos privilegiar el lenguaje de la comunión por encima del de la jurisdicción».

«El papa es prisionero de los círculos que le rodean y que le separan de la base de la Iglesia... ha llegado el momento de reclamar más descentralización y más colegialidad» (A. Lorscheider, consistorio de 2001). La misma fuerza de profeta se advierte en este consejo de Mons. Claverie, mártir en el norte de África: «Es más importante dar nuestra vida para salvar el futuro que retirarnos para salvarnos a nosotros mismos». Profeta fue Mons. Romero; más de una vez repitió que la victoria es de los vencidos. Ellos tienen la última palabra y la palabra verdadera. Hay que tener mucha fuerza interior, mucha audacia, para hacer ese gran anuncio y dar esa buena noticia a unos hombres y mujeres que en el día a día tienen la impresión de que los vencidos son derrotados.

– *Místicos*. Los dardos que vienen de esta experiencia son indispensables para llegar a la audacia. La crisis de la misma se une a la crisis de la mística. Con esta se consigue que brote una nueva creatividad histórica, cultural y religiosa; potente y movilizadora. A la experiencia mística conduce el contacto y la lectura de los escritos de Inés Ordóñez de Lanas, mujer casada e iniciadora de una comunidad nueva en Argentina. A los místicos y místicas que he encontrado en el

Continente les he descubierto andando a pie. Las tres notas que me han permitido identificarlos han sido las siguientes: ponen en el centro de su vida el amor y a Dios, que es amor; aman lo que creen; tienen la libertad que nos comunica el amor. El amor les hace libres, audaces. Andan ligeros de equipaje por la calle y como viendo lo invisible, pero, al mismo tiempo, teniendo las manos en la masa. Ellos nos contagian la perspectiva de la eternidad, que nos da una especial audacia para afrontar la vida, que a veces es renuncia, pero la renuncia es vida. No puede tener audacia quien no espera una meta plena para su vida o desespera ante la perspectiva del vacío más absoluto. En una palabra, nos transmiten una espiritualidad de la esperanza, esperanza que parte de la convicción de que todas las cosas están llamadas a ser en plenitud. Ellos nos van a decir que la audacia nace de una experiencia que surge en la interioridad y a la que es difícil poner palabras.

– *Mártires*. Son audaces quienes han derramado su sangre confesando a Jesucristo, perdonando y reconciliando. Al martirio se llega desde la audacia, y del martirio nace mucha audacia. Los mártires viven una pasión tal que les permite proceder audazmente y mover a la audacia. Alguien ha llegado a decir que nuestros pueblos no necesitan mártires, sino constructores. Pero los mártires han hecho dar un giro a su vida y a la historia. Eso hizo y eso dijo Mons. Romero: «He sido frecuentemente amenazado de muerte. Dedo decir que, como cristiano, no creo en la muerte, sino en la resurrección: si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño. Lo digo sin ninguna jactancia, con la más grande humildad. Como pastor, estoy obligado por mandato divino a dar la

vida por quienes amo, que son todos los salvadoreños, aun por aquellos que vayan a asesinarme. Si llegaran a cumplirse las amenazas, desde ya ofrezco a Dios mi sangre por la redención y por la resurrección de El Salvador. El martirio es una gracia de Dios que no creo merecer. Pero si Dios acepta el sacrificio de mi vida, que mi sangre sea semilla de libertad y la señal de que la esperanza será pronto una realidad. Mi muerte, si es aceptada por Dios, sea por la liberación de mi pueblo y como testimonio de esperanza en el futuro. Pueden decir, si llegasen a matarme, que perdono y bendigo a quienes lo hagan. Ojalá así se convenzan de que pierden su tiempo. Un obispo morirá, pero la Iglesia de Dios, que es el pueblo, no perecerá jamás».

La máxima audacia se daría si existieran mártires sin que hubiera verdugos. Pero nos encontramos ante un imposible. Qué duro es ver el proceder de un verdugo y saber cómo la sangre del mártir enloda su rostro. Por eso la verdadera audacia lleva a evitar que haya verdugos; eso quiere decir conseguir que se conviertan, que terminen con su ira y entren en un camino de perdón, y a veces de auténtica conversión.

Todos estos creyentes, de una u otra forma, llegan a tomar conciencia de la vida nueva que emerge en nuestros días y a confirmar que lo viejo no está resultando. Con ellos y por ellos se recupera la experiencia personal-individual y la comunitaria-social de la audacia cristiana. Esta experiencia es decisión y valor para decir o hacer algo arriesgado. Se atreven a dar un paso más. Les matan en plena vida, con su muerte confiesan a Jesús y perdonan a quienes se la quitan. Son muchas las cosas que pasan cuando una persona con mucha fuerza creativa está presente en una comunidad o un país.

Históricamente, siempre se ha valorado el coraje. De hecho aparece como el tema de muchas historias de la literatura universal. Es la cualidad más evidente en los grandes héroes, ya sean religiosos o protagonistas de la historia de determinados países. La historia bíblica de David y Goliat es un tributo popular a la audacia. David, sencillo pastor de ovejas, lleva a su pueblo a la victoria. Su audacia no va unida a la apariencia, sino al corazón (1 Sam 16,12). De su corazón salió el alma del poeta, la sensibilidad del músico y la habilidad del guerrero. El legado de audacia de David quedó plasmado en su consejo a Salomón: «Voy a seguir el camino de todos los mortales. ¡Sé valiente y pórtate como hombre!» (1 Reyes 2,2).

2. Hay sospechas y preguntas sobre la audacia; surgen varios porqués y algunos cómo

¿Por qué la Iglesia y el creyente necesitan audacia en este momento de la historia? ¿Cómo conseguirla? ¿Por qué la precisamos para creer? Para responder a estos interrogantes es preciso profundizar la experiencia de audacia a la luz de la reflexión antropológica, social, histórica. La audacia es una realidad precaria y amenazada. Se afirma y se analiza, se ilumina y se orienta, de una manera especial, con el aporte de la teología, la Biblia y la tradición. Es una realidad frágil. Necesita atención y cuidado. Requiere, como toda planta, tierra buena para crecer y dar fruto.

Para ello ayuda revivir la audacia apostólica de los primeros tiempos de la Iglesia. Al hacerlo no se puede menos que destacar la experiencia de *parresía*, libertad para decir y proclamar, de Pe-

dro, Pablo, Bernabé... La historia de los primeros tiempos de la Iglesia está hecha de golpes de audacia; de gestos revolucionarios en el campo de lo religioso. Fue audaz declarar en el Concilio de Jerusalén que, para ser cristiano, un pagano no tiene que pasar por ser judío (Hch 15). Fue audaz el discurso de Pablo en Atenas. La vida de fe y de esperanza de los creyentes de América Latina y el Caribe también se ha consolidado a golpes de audacia. Audaces fueron los participantes en la Conferencia de Medellín para hablar de la liberación de los pobres; y los de Puebla cuando afirman que a la comunión en la Iglesia se llega desde la diversidad y no desde la uniformidad. Fue audaz Aparecida cuando afirma que el corazón del cristianismo no es su doctrina ni su moral; es el encuentro con Jesús. No puedo dejar de citar los números 11 y 12 del *Documento*, porque están llenos de fuerza y pasión:

La Iglesia está llamada a repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia su misión en las nuevas circunstancias latinoamericanas y mundiales. No puede replegarse frente a quienes solo ven confusión, peligros y amenazas, o de quienes pretenden cubrir la variedad y complejidad de situaciones con una capa de ideologismos gastados o de agresiones irresponsables. Se trata de confirmar, renovar y revitalizar la novedad del Evangelio arraigada en nuestra historia, desde un encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que suscite discípulos y misioneros. Ello no depende tanto de grandes programas y estructuras, sino de hombres y mujeres nuevos que encarnen dicha tradición y novedad, como discípulos de Jesucristo y misioneros de su Reino, protagonistas de vida nueva para una América Latina que quiere reconocerse con la luz y la fuerza del Espíritu.

No resistiría a los embates del tiempo una fe católica reducida a bagaje, a elenco de algunas normas y prohibiciones, a prácticas de devoción fragmentadas, a adhesiones selectivas y parciales de las verdades de la fe, a una participación ocasional en algunos sacramentos, a la repetición de principios doctrinales, a moralismos blandos o crispados que no convierten la vida de los bautizados. Nuestra mayor amenaza «es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia, en el cual aparentemente

todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad» (card. J. Ratzinger). A todos nos toca recomenzar desde Cristo (NMI), reconociendo que «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (DCE 1) (*Aparecida* 11-12).

Muchos males le han llegado a la Iglesia cuando ha perdido este talante. Talante que ahora necesita ser puesto de relieve. Para ello ayuda, de una manera especial, la fascinación por la figura de Jesús. El cristianismo no es, en sentido estricto, una doctrina, una filosofía de vida ni un cuerpo dogmático. En esencia es vida o, mejor aún, apasionante propuesta de vida.

La audacia nació o se afirmó en el Evangelio y es la resonancia humana de la opción radical por él. Quien piensa en el Evangelio de Jesús, en su praxis y en su mensaje, se anima a ofrecer un estilo de vida alternativo al vigente, crea, propone, mueve y dinamiza. No se dedica a hacer de espectador ni a estar callado. Después de la muerte y resurrección de Jesús, nuestra vida no puede ser «normal». Tiene que reorganizarse para encaminarse hacia los tiempos nuevos del Reino. Tiene que sorprender. Es apasionada y le corresponde poner pasión en todo.

El Espíritu llega a los apóstoles en forma de lenguas de fuego para que sean audaces. Les pone en su hablar, en su comprensión de lo diverso y en todo ganas de ir hasta el fin del mundo para anunciar el Evangelio. Y parten y proclaman la buena nueva.

Solo desde la audacia evangélica se llega a hacer el profundo y necesario cambio o revolución de valores. Todo

esto lo podemos considerar como la resonancia humana correspondiente a la opción por la audacia. Es una respuesta clara y precisa a la invitación de Jesús: «En el mundo tendrán luchas; pero tengan valor; yo he vencido al mundo» (Jn 16,33). La llamada a poner pasión en todo es una constante en Jesús.

La audacia traerá esa resonancia humana, personal y social a la vida de cada día. Se tiene que multiplicar en gestos y en estilo de vida, en estructuras y en propuestas. No se debe reducir a lo extraordinario, sino acompañar al estilo habitual de vida, a lo cotidiano y al andar por la calle a pie, a levantarse con ganas y costarse con paz. Son gestos de audacia el perdón, la denuncia de la injusticia, el anuncio del Evangelio, la renuncia al consumismo, el estilo de vida sencillo, la fidelidad a una vocación religiosa o sacerdotal. *La audacia parte del coraje por lo nuevo.* No es suficiente la claridad conceptual de las propuestas y los principios ni la precisión formal de las directivas y las normas. La persona audaz necesita una gran sensibilidad por la vida y una constante interacción con ella.

Agrupo algunos de esos rasgos por áreas de gran significación ofrecidas por la reflexión antropológica.

– *Ser audaces.* Para llegar a la audacia no puede faltar una clara profundidad sin afectación; una comunión sin rigidez y una autenticidad sin exageración. A la audacia se llega cuando el estilo de vida transparente verdad, libertad, originalidad y creatividad. De ahí brota la alegría, el optimismo y la fuerza radical. No hay duda de que la audacia nace de la pasión por la justicia, la solidaridad, la fidelidad y la compasión. Esa pasión ardiente toca el ser de cada uno de nosotros y remueve nuestras entrañas. La pasión es como el punto de

ignición del proceder audaz. La pasión por Dios nos hace celosamente entusiastas.

En este nivel se lanza y se sitúa la existencia en horizontes todavía sin explorar. Este es un estilo de vida alternativo de los que se reducen a una forma sin contenido, a tanta apariencia sin realidad, a tanto ruido sin misterio. Desde este nivel se nos invita a «ser audaces», que es la mejor manera para proceder con audacia.

Audacia que está especialmente relacionada con la fe, la esperanza y la caridad. El creyente es audaz, ya que hay que «atreverse a creer», y más en el contexto cultural actual. La nueva evangelización supone tener la audacia de profesar y proponer la pregunta acerca de Dios, demostrando cómo la perspectiva cristiana ilumina de modo inédito los grandes escenarios de la fe cristiana hoy: el de la cultura de fondo, marcado por la secularización, el del fenómeno de la migración, el de los medios de comunicación, el del duro mundo económico, el de la investigación científica y el de la política. La audacia es un ejercicio de honestidad, y no se da en el nivel de lo superficial. Exige capacidad de pertenencia. No se consigue distanciándose de los demás, sino en comunión. Sin embargo, más de una vez nace de una verdadera indignación. Creer exige mucho.

– *Tener audacia.* Tener audacia y poner audacia en el tener es un doble desafío. El campo del tener es un buen dominio para el ejercicio de la audacia. En el uso de los bienes se necesitan con urgencia hombres y mujeres audaces. Se debe partir de algo muy concreto. Que el uso de los bienes propios no suponga «privar» a otros de lo necesario; que se logre provocar e interpelar a los que viven en función de

lo superfluo. La meta no es tanto que cada cual tenga lo propio como que a nadie le falte nada. En ese sentido, no podemos olvidar esta gran realidad. Ahí donde existen muchos hombres y mujeres que viven satisfaciendo incluso sus deseos habrá también muchos que vivirán sin satisfacer sus necesidades. El sentido del tener está muy distorsionado. La audacia en el tener apunta a la sencillez alegre, al auto-dominio humilde, a la necesidad sentida sin afectación, a la generosidad que llega hasta privarse de lo necesario y a «dar hasta que duela» (san Alberto Hurtado), a la confianza en la Providencia, al respeto a lo creado.

Tener audacia en el campo político no es menor desafío. En el escenario de la política hay temas y sectores muy exigentes en audacia: el empeño por la paz, el desarrollo y liberación de algunos pueblos y grupos étnicos, el mejoramiento de las formas de gobierno mundial y nacional; la construcción de formas posibles de escucha, convivencia, diálogo y colaboración entre diferentes religiones y culturas, la defensa de los derechos del hombre, de los pueblos y de las minorías, la promoción y defensa de los más débiles, la protección de la creación y el empeño por el futuro de nuestro planeta. El servicio público en el momento actual pide protagonistas audaces.

Tener audacia es lo opuesto a tener miedo. Quien tiene audacia lo deja traslucir. Cree con convicción en alguien. No le falta el entusiasmo, que no siempre es optimismo. Contagia ese dinamismo que es visible y fecundo.

– *Proceder con audacia.* La laboriosidad, el pasar del pensar y el decir al hacer, el transformar lo que necesita ser cambiado es audacia. También son fruto de la audacia la obra

bien hecha, la acción gratuita, contrapunto necesario para un actuar equilibrado. Es fruto de la audacia un trabajo en el que se destaca no solo la calidad profesional, sino sobre todo las dimensiones de servicio a la comunidad. En la audacia se ejercita el artista inspirado, el político que lidera el grupo hacia la justicia social, el creyente que descubre y presenta a Jesús como el liberador, salvador y sanador de las personas. Todo esto es proceder audazmente.

– *Ejercer un liderazgo audaz.* El estilo de vida marcado por la audacia no entiende ni vive el valer como «prevaler», sino como posibilidad de mayor servicio al otro. Todo adquiere una calidad especial en nuestras vidas si ponemos a funcionar nuestros talentos en bien de los demás. Verdaderamente, el poder puede llegar a ser aterrador. Amedrenta. De ahí que se precise verdadera audacia para usarlo para servir. Audacia se precisa para no permanecer indefinidamente en el poder; para dejarlo cuando llega el momento; para no acumularlo, sino compartirlo. Se necesita para ejercerlo en función de la libertad, la verdad, la igualdad y la atención a los más débiles. Un liderazgo audaz lleva por ese camino. El líder audaz no se presenta ni actúa como poderoso, pero sí es fuerte. Por ello resiste y cambia las cosas.

Audacia se precisa para que en un grupo haya vino nuevo; mucha audacia se precisa para que haya odres nuevos. Los cambios de estructuras son exigentes. No son muchos los líderes con capacidad de valor y coraje para hacer «revolución», para llevar a cabo las transformaciones en este campo.

La audacia es el contrapunto del miedo, una experiencia de carácter paralizador que frena la acción y puede llevar

al conformismo. Aunque debemos señalar que el miedo es un sentimiento profundamente humano. La novedad, por ejemplo, debe causar miedo. Se precisa vender ese sentimiento si se quiere subir a la escena y experimentar un nuevo acontecer arriesgándose, cayendo, levantándose y aprendiendo. La audacia nos permite alzar vuelos más altos. Es como un impulso revitalizador y una locomotora que nos transporta lejos.

3. Por una interpretación creativa de la experiencia de audacia: ¿cómo llamarla por su nombre?

Para eso hay que hacer uso de la imaginación creativa. Solo así se canta como es debido la audacia. Ello supone que se evite la mera repetición y que se acierte a dar con los verdaderos frutos de la imaginación en las expresiones de la audacia en la Iglesia y en la sociedad.

En este momento de nuestra reflexión, que con una palabra un tanto sofisticada podemos llamar hermenéutico, hay que incluir la elaboración y descripción del perfil peculiar del creyente audaz en este nuevo milenio. Es audaz el que camina con poco peso, con paso ligero y la mirada puesta en la meta, y habita los horizontes y abre brecha y penetra en el dominio de lo difícil y exigente. Confiesa con convicción al Señor; ama lo que cree y lo que vive lo anuncia.

Para hacer una nueva interpretación de la audacia nos viene bien *la imagen del fuego*. Como se enciende el fuego, también se prende y arde la audacia. Se tiene que atizar el fuego para que permanezca, y también la audacia. Se precisa mantenerla viva. Con el fuego se enciende otro fue-

go; con la audacia se enciende audacia y se multiplican las ganas de creer. Se trata de hacer todo lo posible para que no se apague. Lo que más nos debe preocupar en relación con la vida o la misión de la Iglesia no es tanto cambiar la misión o dejar las tareas y compromisos que se tienen. Lo más preocupante está en que no disminuya o desaparezca en nosotros el entusiasmo y la intensidad en la misión. Se debe prestar atención a que no se reduzca o venga a menos el celo misionero y la caridad pastoral. Esta intensidad en el deseo de que el Reino venga se traducirá en un estilo de vida regido y dominado por la lógica del Evangelio. Así se sale del anonimato y, sobre todo, se comienza a vibrar por la misión y por el entusiasmo que nace de dentro y que prende en torno nuestro como el fuego. Cuando eso ocurre, la mística y la misión se convierten en las dos caras inseparables de la experiencia fundante de nuestra fe y de nuestro servicio de anuncio del Evangelio.

Cuando se rompe esa unidad se pierde en intensidad. La mística se convierte en misticismo y la misión se transforma en activismo sin alma. No hay duda de que muchos movimientos eclesiales han acertado a poner intensidad en sus vidas. Son hoy como «aguijón en el flanco» para el conjunto de la vida de la Iglesia. Ellos están viviendo, en cierto aspecto, lo que un día estaba solo en el origen de cualquier opción vocacional religiosa o sacerdotal.

Volver al «primer amor» y a la misión genuina es indispensable para recuperar entusiasmo y contagiar el calor que se tiene, y para no dejar que se apague el fuego que está ahí. El fuego es una imagen apropiada para reinterpretar la audacia. Pierde mucho la Iglesia cuando desaparece el fuego y se priva de mucho la Iglesia cuando no hay audacia en su

proceder. Se precisa el fuego para encender otros fuegos y el fervor para llegar al cielo y la pasión por Dios y por los hombres.

La audacia es de los jóvenes y los ancianos, de los laicos y los obispos. Es propia de los que saben poner pasión y a veces urgencia, ya que en algunos casos es indispensable comenzar y echar a andar lo antes posible. Así nos lo recuerda la canción popular que nos invita a salir de los sueños: «Despertad, cantores; acaben los ecos, empiecen las voces». También es importante que todo lo que se haga para revitalizar se inspire en la lógica del amor, cuyo símbolo es el fuego. La invitación repetida en la Biblia a ser fuego se corresponde bien con este paso de una audacia sostenida. El fuego tiene que llegar a una determinada intensidad para hacer que hierva el agua. A veces se da esa limitación en la misión. La realizamos sin el grado de entusiasmo necesario para lograr encender la fe de los demás. En ella no hay audacia. Otras veces nos falta la capacidad para descubrir el fuego que hay oculto en las cenizas, que pueden terminar por invadirlo todo. Cuando nuestros corazones están inflamados con el fuego del amor, ningún esfuerzo misionero es demasiado grande. Revitalizar la misión es reavivar el celo misionero, reactivar la gracia que llevamos dentro y también reencender el fuego del Espíritu. *Cuando esto se da, la audacia se sitúa en el corazón de nuestras vidas.* Entonces se pueden dar saltos cualitativos hacia adelante y se pasa de la simple renovación a la revitalización de la misión de la Iglesia.

El ejercicio de la audacia tiene que llegar en la Iglesia al campo de la reflexión y la transmisión de la fe. Especialmente audaz tiene que ser la propuesta que hacemos a los que están lejos para conseguir estar cerca; en el servicio del

discernimiento de espíritus; en la búsqueda de lo esencial. Es indispensable en el campo de la oración de la Iglesia y la liturgia. En ella se ora demasiado libro en mano. Esta audacia llevará a privilegiar el fin a los medios. Oramos para hablar con Dios y para estar en su presencia y ser movidos por su acción. Los medios son secundarios. La acción pastoral es un inmenso campo para el ejercicio de la audacia. Esta acción es delicada y difícil, arriesgada y estimulante. El campo de la acción social y política le pide al cristiano mucha valentía. La realidad actual tiene que ser transformada. Para conseguirlo hay que arriesgar. De esto vamos a hablar a continuación.

4. Así se llega a la acción y, por la acción, al cambio

Así nace la propuesta nueva y se evidencia la alternativa posible. En una palabra, se llega a engendrar vida, a veces inicial y cotidiana, y siempre fecunda. Así se consigue una Iglesia de audaces y para audaces. Ellos acertarán a mezclar el coraje y la lucidez, y sin olvidar la fidelidad. Es lo que queremos describir ahora.

Un principio clásico del comportamiento cristiano nos recuerda que la esperanza es madre de la audacia: *spes mater audaciae*. En esta misma tradición de la vida cristiana, la audacia y la sabiduría han ido de la mano. Pero este movimiento de audacia a veces ha surgido en la sociedad y en lo que en la tradición sana de la Iglesia hemos llamado «mundo». La transformación social y política es expresión y causa de la audacia. Es posible cambiar este mundo y hay caminos para

hacerlo. Iglesia y mundo se tienen que apoyar para recuperar la esperanza y la pasión por la utopía y por la audacia. Los cristianos estamos invitados a vibrar con los gozos y las esperanzas de los hombres y mujeres de nuestro tiempo... porque son los gozos y esperanzas de los cristianos (GS 1). Las nuevas formas de vivencia del amor, la justicia, la fe, el poder, el convivir, tienen que atravesar todas las instancias de la vida humana y tomar la forma que le imprimen los hombres y mujeres marcados por la audacia.

La audacia de los creyentes viene del motor; no de las ruedas, del diseño aerodinámico, del modelo, de los accesorios del auto. Viene de Jesús. En el fondo se trata de vivir como Jesús vivió, y nos ejercitamos en audacia. Él fue profundamente audaz. La acción audaz pasa por:

- *El encuentro de los diversos*. El ejemplo de Francisco de Asís ha orientado en muchos momentos a la Iglesia y a la humanidad para andar por caminos de audacia. Francisco, tanto en el delicado tema de las cruzadas como en el relato del lobo de Gubbio, siente compasión hacia los dos bandos. Audazmente se coloca en medio, exponiendo su vida para conseguir la paz. Humilde y desarmado, y sin hacer caso de quienes le tildan de loco, avanza con fe al encuentro de lo diverso. Termina presentándose ante el sultán sin más armas que el amor y el cariño demostrado. Por eso mismo puede recomendar a sus frailes que «cuando vayan por el mundo, no litiguen ni juzguen a otros; sino sean apacibles, pacíficos y mesurados, mansos y humildes» (*Regla III, 10*).
- *La búsqueda de alternativas para el mundo neoliberal en que vivimos inmersos*. Este se ha convertido en un gran mercado. Los hay que audazmente están ofreciendo

otros escenarios posibles. La tarea no es fácil, pero no es imposible. El comercio justo es una expresión de esto mismo, y otra son los pequeños emprendimientos. Estos exponentes están poniendo de relieve, en el fondo, la debilidad de la propuesta liberal.

- *Por la pasión que moviliza la entrega generosa.* La pasión pone vigor y entusiasmo. Lleva a la audacia en el proceder. Como persona apasionada por grandes causas se mueve y mueve a otros a la acción. En varias partes del Sermón de la montaña (Mt 5-7), Jesús nos invita a dejar de lado el ansia de ganancia, la manía de la ambición y de la vanidad, el miedo al fracaso y nos lanza a un modo de proceder nunca más visto anteriormente.
- *Por las convicciones que nacen de la pasión.* Si no hay pasión por un proceder audaz, no hay convicciones para llegar a una actuación audaz. Pero estas no pueden faltar en los dinamizadores de la sociedad y de la Iglesia. Estas convicciones dan sentido a la propia vida y a la de los demás. Esta tarea está en manos de personas entusiastas: «El porvenir de la humanidad está en manos de quienes sepan dar a las generaciones venideras razones para vivir y razones para esperar» (GS 31).
- *Por la maximización de lo que une y la minimización de lo que divide.* La audacia debe llegar hasta ahí; hasta reforzar la fuerza de lo que une. En cada grupo hay diversidad, y esta tiene grados distintos y van desde la simple diferencia hasta la oposición. La eucaristía es todo un símbolo de la intercomunicación, intercomunidad e interacción. Es audaz participar en la eucaristía, ya que es colaborar en la unidad básica querida por Jesús, pero de hecho todavía no realizada. Es audacia

buscar consenso y comunión más allá de las diferencias. Solo los audaces buscan y trabajan por la comunión. Uno de los desafíos más grandes que estamos llamados a afrontar en nuestro mundo globalizado es saber convivir en el mismo territorio, aun permaneciendo diversos; y ello no solo respecto de la cultura, sino también de la religión; y esto sin encerrarnos en guetos, sin despreciarnos, sin contentarnos con tolerarnos, lo cual ya es algo. La exclusión en el mundo religioso, cultural, económico y político nace del miedo y la cobardía. La inclusión es tarea de gente audaz.

- *Por un acercamiento amistoso* a la creatividad atrevida y liberadora de la imaginación del artista, del profeta, del joven, de la mujer, del poeta, del celebrante.
- *Por la recuperación de la alegría y de la radicalidad del Evangelio.* De estos dos aspectos nace el talante y las expresiones de osadía cristiana, que tienen sabor a autenticidad y a testimonio de vida.
- *Por llevar a la práctica la creatividad* para cambiar los sistemas y las estructuras que socavan la dignidad de las personas, la integridad de la creación; para afrontar la distribución más justa e igualitaria de los mensajes que hemos recibido de Dios.
- *Por la fuerza victoriosa del amor* derramado en nuestros corazones y que se expresa en la esperanza. En el fondo, cuando hablamos de energía, de fortaleza, de libertad, de generosidad, estamos hablando de una misma realidad, del amor audaz. Esta misma audacia nos recuerda que allí donde no nos esforzamos en crear justicia no hay amor. Se identifica con el coraje para rechazar el mal.

- *Por la vitalidad que nos lleva a renacer a una vida cristiana* apasionada por Cristo y por la humanidad, arraigada y cimentada en el Espíritu, peregrina y misionera en el anuncio del Evangelio. De esa vitalidad nace la fuerza para denunciar el mal en el mundo y en la Iglesia, y veces con una verdadera indignación.

La Iglesia necesita dos alas para vivir audazmente. La de la sabiduría y la del coraje, la de la lucidez y la audacia. Así se consigue reflejar la luz de la esperanza que ayuda a perdurar y transformar las horas más oscuras en luminosas y nos conduce a la acción que abre horizontes nuevos. Nos lleva a la fidelidad creativa.

5. La audacia bien vivida es una fiesta; hay que celebrarla

Las celebraciones de la Iglesia tienen que ser mucho más audaces, y la audacia debe celebrarse. Nos lleva a ponernos de rodillas, a darnos golpes de pecho bien sentidos, porque a veces no somos audaces en la vivencia de nuestra fe o en nuestra solidaridad. Nos pide elevar las manos y agradecer, y el mejor modo de hacerlo es dar audacia y poner audacia en el corazón de muchos. Eso se consigue al estrechar nuestras manos audaces y compartir y contagiar la gracia de la audacia. Se obtiene también escuchando la palabra de Dios, que nos habla de la audacia y reaviva nuestra fe en Jesús, audaz en su hablar y su proceder. La acción audaz nos conecta con el Reino y con el quehacer del Espíritu, y da un sentido especial a la celebración de la eucaristía. De Dios viene, y para que en el Reino se realice han brotado los gestos auda-

ces, las palabras o las acciones audaces en la vida de la Iglesia y de la sociedad. Por ello hay que alabar, agradecer, invocar y comprometerse con esa vida. *La eucaristía es una celebración de la audacia de Jesús, que le lleva a dar su vida.* El misterio proclamado, celebrado y vivido suscita audacia. La alabanza nos pone a tono con la audacia más auténtica. Esa audaz invitarnos a comer su cuerpo y a beber su sangre y ponerlo como condición para tener vida abundante.

6. Final: en lugares de audacia

«El maestro era capaz de los milagros más asombrosos, que realizaba con la mayor simplicidad. Ante una de sus proezas, impresionados, todos los discípulos se agruparon en torno a él. Cuando le preguntaron cómo lo había logrado, el maestro les respondió simplemente: “Lo conseguí porque nadie me había avisado de que era imposible”».

Debería ser posible, nos lo dijo Jesús, trasladar montañas, sanar enfermos, enderezar lo que está torcido, convertir las lanzas en podaderas, la división en comunión, la tristeza en alegría. Todo es posible para el que cree y es audaz. Permanecer en el amor lleva a hacer milagros. En cualquier campo de nuestra vida en que sean aplicadas, fe, esperanza y perseverancia nos llevarán hacia el acierto y el éxito. La empresa de la fe, en la que nos hallamos metidos cuando caminamos por el mundo, cuando no vuela, precisa de los dos pies para avanzar: el de la audacia y el de la lucidez. Así se persevera en el bien y se es fiel de un modo creativo. Así, en los lugares de América Latina y el Caribe, otra Iglesia y otra sociedad son posibles.

La fe debería ser tan consistente que nos permitiera tachar de imposible aquello que no cuadra con los esquemas lógicos de la realidad. Pero, a su vez, nuestra perseverancia en la búsqueda de la acción fuerte y consistente debería llegar a aburrir al tentador hasta tal punto que nos dejara ser audaces en el vivir de cada día. Sigamos el buen consejo de Teresa: «Algunas cosas que parecen imposibles viéndolas en otras que tan posibles y con la suavidad que las llevan, anima mucho y parece que con su vuelo nos atrevemos a volar, como hacen los hijos de las aves, que, aunque no es de presto dar un gran vuelo, poco a poco imitan a sus padres» (santa Teresa de Jesús, *Terceras moradas*, en *Obras completas* XII. Madrid, La Editorial Católica, 1982, p. 381).

Volvamos al título: un tiempo para la audacia. En la audacia hemos soñado. Estamos en días en que la Iglesia, o es audaz en sus propuestas y en sus realizaciones, o cae su capacidad de convocación y de transformación, de evangelización y de comunicación. Hemos buscado caminos para la audacia. Todo ello convencidos de que estamos en tierras que pueden generar y convertirse en zonas verdes para creyentes audaces. Pero la audacia no llega sola. Hemos recordado que es don y tarea. Es don para esos que «esperan en el Señor, remontando el vuelo como águilas; corren sin fatigarse y caminan sin cansarse» (Is 40,31). Es tarea para los que agradecen el don recibido contagiándolo a otros.

ÍNDICE

Presentación. EN BUSCA DE ALTERNATIVA,
por *Mons. Alejandro Goic Karmelic*

Capítulo 1. UN TIEMPO PARA LA AUDACIA, *José María Arnaiz*

1. Donde algo nace está presente la audacia
2. Hay sospechas y preguntas sobre la audacia; surgen varios porqués y algunos cómo
3. Por una interpretación creativa de la experiencia de audacia: ¿cómo llamarla por su nombre?
4. Así se llega a la acción y, por la acción, al cambio
5. La audacia bien vivida es una fiesta; hay que celebrarla
6. Final: en lugares de audacia

Capítulo 2. HACIA UNA LUCIDEZ AUDAZ, *José Ignacio López*

1. Cambio y crisis
2. Malestares y conmociones
3. No es más mi novia
4. La desunión, la violencia
5. El sendero del diálogo
6. Hacer memoria
7. La tensión de la bisagra
8. Un hito que brota del perdón y la reparación
9. Y por casa, ¿cómo andamos?
10. Vivir el diálogo

Capítulo 3. LA FIDELIDAD PARA OTRO MUNDO POSIBLE,
Georgina Zubiría

1. Fidelidad en la vida
 - a) El futuro de sus hijas en la fidelidad del ahora
 - b) Vivienda digna como expresión de fidelidad solidaria
 - c) Comunión eclesial para ser fieles a la vida
 - d) Mártires por su fidelidad
2. Preguntemos al presente con audacia y lucidez
3. Memoria fiel del futuro que buscamos
 - a) Fidelidad como experiencia personal que nace en el corazón
 - b) Fidelidad como compromiso con la justicia
 - c) Fidelidad como expresión de amor incondicional
 - d) Fidelidad como decisión de permanecer en el amor
 - e) Fidelidad como discernimiento creativo
 - f) Fidelidad como apertura para revelar a Dios
4. Imaginar creativamente la fidelidad
 - a) Lucidez amorosa para abrazar nuestra humanidad
 - b) Audacia creativa para cultivar nuestras raíces
 - c) Gratuidad agradecida para vivir en Dios
5. Instantes actuales de fidelidad viva